

## LA CRÍTICA

Veintisiete relevantes personas del mundo de la cultura —poetas, narradores, ensayistas, editores y críticos— analizan en estas páginas el Premio de la Crítica, que se falla el próximo día 7 de abril en Córdoba. José Luis Cano, Pablo García Baena, Luis Antonio de Villena, José Agustín Goytisolo, Vicente Núñez, Antonio Gamoneda, Antonio Muñoz Molina, Antonio Enrique, Angel Estévez, José Manuel Caballero Bonal, José Luis García Martín, Juan Barja, Javier Lentini, Antonio L. Bouza, José Lupiáñez, Luis Jiménez Martos, Antonio Hernández, Julio Quesada, Jorge Herralde, José Manuel Lara, Vicente Molina

Foix y Juan Campos Reina, entre otros, intervienen en esta encuesta. Las respuestas son heterogéneas y oscilan desde la admiración incondicional al Premio, hasta el profundo cuestionamiento del mismo. Las preguntas que han sido planteadas se indican a continuación.

# Cuatro cuestiones sobre un premio

27 escritores opinan sobre la importancia de la crítica

## José Luis Cano (crítico y poeta)

Creo que los Premios de la Crítica, fundados hace más de treinta años, vienen realizando una labor ardua y difícil, y en mi opinión fructífera. No hay que olvidar que dichos premios se conceden por los críticos literarios más señalados en el área española, y no sólo para libros en castellano sino también en catalán, gallego y vascuence. La historia de los Premios de la Crítica —que quizás algún día debiera escribir Juan Ramón Masoliver, uno de sus fundadores— está jalona por la sucesiva selección de los mejores libros que ha dado este país en el campo de la novela y la poesía. Es ya natural que los editores, conocedores de su importancia, añadan a la propaganda de esos libros la faja de "Premio de la Crítica", que es ya para no pocos lectores la garantía de haber sido seleccionado por los mejores críticos en castellano, catalán, gallego y vascuence. Para mí es evidente que ese señalamiento repercute en la venta de los libros, aunque quizás no con la importancia que debiera. Volviendo a la historia de estos premios —que luego fueron imitados por los Premios Nacionales de Literatura— hay que recordar que afortunadamente se liberaron del centralismo y de la presión oficial, empezando porque fueron fundados en Barcelona y en Sitges, y luego se convirtieron en itinerantes, habiéndose fallados no sólo en Madrid, sino en Santander, en Murcia, en Málaga, en Tenerife —donde fueron presididos por nuestro inolvidable Domingo Pérez Minik— y ahora en Córdoba.

La veterana y calidad de estos Premios —que no suponen recompensa económica para el escritor— constituyen un ejemplo único en la historia de los premios literarios españoles. Su fama está consagrada por el tiempo y por la calidad de las obras premiadas. Pertenecen ya a la historia de la literatura española.

## José Agustín Goytisolo (poeta y crítico)

Sobre el Premio de la Crítica no pienso nada, ni bueno ni malo. *El Premio de la Crítica debiera ser el Premio a la crítica, a la mejor crítica*, (brevedad, dura, entusiasta, o aplastante), pero bellamente y razonada e inteligente, en la que el crítico hiciera *crítica de creación*, como hizo *Clarín*, como hizo Cernuda, como hace Emilio Alarcos Llorach, etc.

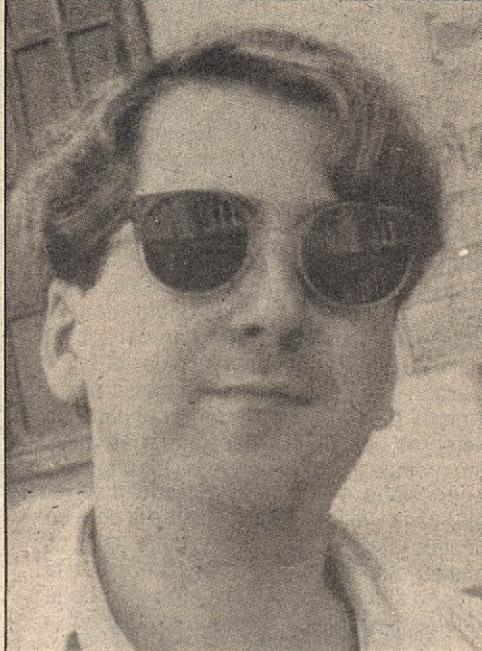
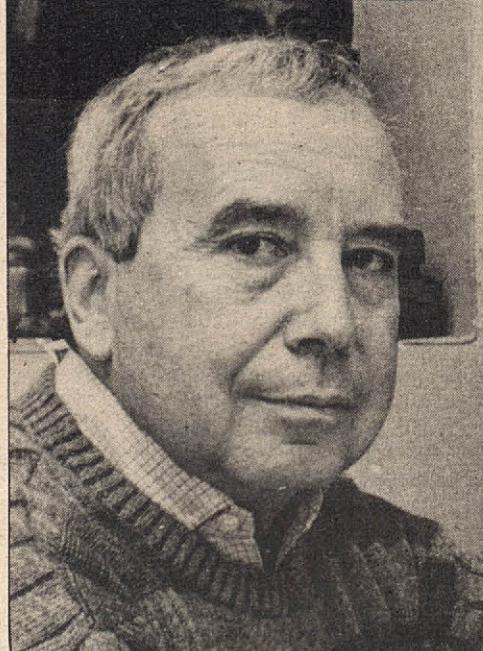
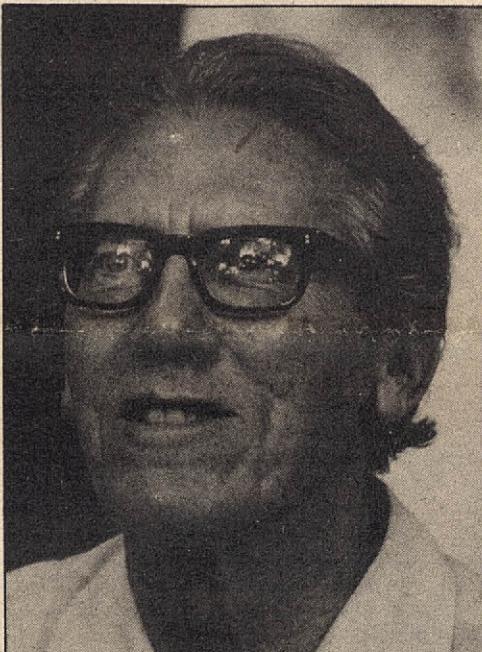
Sobre la trascendencia en lo que se refiere al gusto, si fuera una crítica de creación, y evidenciar el conocimiento de la literatura, claro que sí.

Ventas de los libros: esa es cuestión que debiera preguntarse a los editores, a los agentes literarios. Yo sólo escribo poesía, y como la poesía es un lujo, puesto que no da para vivir, y es un lujo también para los poetas que la leen (pues los libros de poesía que se venden son a veces más caros que una novela), no puedo contestar.

## Antonio Gamoneda (poeta)

Los Premios de la Crítica son una buena idea que se lleva a la práctica de manera en

- ¿Qué piensa sobre el Premio de la Crítica?
- ¿Considera que tiene una especial trascendencia en lo que se refiere al gusto de los lectores?
- ¿Y en cuanto a las ventas de los libros?
- ¿De qué modo cree que puede alterar éstas?



De izquierda a derecha y de arriba a abajo, José Agustín Goytisolo, José Luis Cano, Pablo García Baena y Luis Antonio de Villena.

exceso simple. Es bueno, teóricamente, que los críticos en ejercicio destaquen el valor de unos títulos, pero no son buenos los medios y cauces que funcionan. En términos generales, los críticos están dispersos y desconcertados entre sí: no tiene, uno por uno, capacidad para conocer todos los libros dignos de consideración; llegan a la reunión anual con un pequeño bloque que, por consabido, son el núcleo del debate, pero cada miembro del jurado conoce libros que los demás desconocen y aún son más numerosos los libros que nadie ha leído.

Ellos, los críticos, no tiene la culpa. Haría falta una institucionalización más completa que conlleve, durante todo el año vencido, coordinación, mecanismos de seguimiento, compensaciones económicas, infraestructura... No creo que haya nada de esto. Y ocurre que en España se publican miles de títulos al año de los que ellos, los críticos, no alcanzarán a convertir en materia de diálogo más que unas pocas decenas.

Luego, los libros escogidos dentro de esta mecánica pobre, lucirán quizás, una faja en los escaparates y se beneficiarán de una

breve nota en unos veinte diarios y otras tantas revistas más o menos especializadas. Como la crítica "de actualidad" ya se hizo y publicó en el año vencido, aunque los premios se concedan con total acierto (asunto problemático, como dejo dicho), apenas ocurrirá nada más. El incremento de venta no será demasiado significativo, a no ser que el premio coincida con alguna otra causa publicitante.

Insisto: una buena idea pobemente servida. No basta con que una bella y hospitalaria ciudad acoge la reunión de quienes van a emitir el fallo.

## Pablo García Baena (poeta)

Seguramente el Premio de la Crítica es el más independiente de cuantos se otorgan, quizás porque su asignación es solo honorífica. Otros premios, y no dudo de la integridad de los jurados de los que con tanta frecuencia formó parte, han derivado a veces hacia una bolsa de la caridad mal entendida.

En un colectivo social donde el escritor es un indigente es bien triste que este necesite acudir a los premios para pagar al dentista o como viático y ayuda a una enfermedad aunque se han dado casos, concedido el premio, de un total restablecimiento.

Los escasos fieles que tiene la poesía generalmente consideran en el libro premiado la garantía de un buen hacer poético, el aval a una obra singular. Títulos como *Ocaso en Poley*, de Vicente Núñez, *El otoño de las rosas*, de Brines o *Las tardes de Francisco Bejarano*, prestigian un premio.

Dentro del espacio poético no creo que el premio influya en las ventas. La poesía como he dicho antes tiene sus fieles servidores. Sólo algún curioso incauto, algún *snob* puede caer en el lazo de la faja.

## Luis Antonio de Villena (poeta, novelista y ensayista)

El Premio de la Crítica pertenece a un grupo minoritario de premios —en principio más interesante que los otros— que son aquellos a los que no hay que presentarse. Lo que ocurre es que (en mi opinión) fulguraba antes más que ahora. Tenía más atractivo. ¿Por qué? Porque su división en lenguas y autonomías, creando mayor número de premiados, diluye la fuerza misma del premio. (Creo que cada lengua debía tener sus premios, y aparte los nacionales). Pero fundamentalmente el *Premio de la Crítica* brilla menos, porque estamos, literalmente, anegados en premios. Nunca ha habido tantos, y no es bueno, me parece, que exista tal cantidad: Se roban significado.

En cuanto a si se venden más libros con el Premio de la Crítica encima, la cosa es igual de sencilla para cualquier premio. Los aumentos de venta —en principio— están en razón directa (aunque no sea la única razón) con el clamor y amparo publicitario que al premio se le otorgue. Evidentemente no es, hoy, el Premio de la Crítica el que ayuda a vender más libros.

Premio interesante porque lo da la crítica, vive hoy —acaso— bajo la sospecha de lo atrabiliario y frágil de la crítica misma. De su falta de solidez sabia, de su apetito banal por las batallitas.